

EL CREPUSCULO.

PERIODICO LITERARIO Y CIENTIFICO.

N.º 7.

Santiago, 1.º de noviembre de 1843.

FILOSOFIA.

Articulo quinto.

Dividiremos este artículo en tres partes. En la primera expondremos los resultados de la análisis precedente. En la segunda haremos algunas observaciones sobre el uso vulgar o trópico de ciertas palabras. En la tercera consideraremos el juicio y la relacion en jeneral.

I.

Resultados de la análisis precedente.

Excesivamente prolija habrá parecido sin duda la análisis de las percepciones que ha dado asunto a los artículos anteriores; pero sin ella los resultados que voi a enumerar serian vagos y oscuros, y jamás tendrian derecho a ser aceptados con aquella confianza que en materias de pura observacion puede solo

Hic locus est gemini janua vasta maris.

OVIDIO.

Así sucede que, gracias al favor maravilloso de los lugares, no puede ni llegar a ser inútil como Corinto, ni reemplazada como Venecia o Alejandria. Su posición no puede ser ni reemplazada ni destruida, y de todas las ciudades es ésta la que dá una idea más perfecta de lo que llamo ciudades naturales y necesarias.

EL OCCIDENTE.

Traducción de Lamartine.

Y se calmaba el mar cual la espumante
 Urna que baja al extinguirse el fuego
 Del fuljido fogon,
 Y recojiendo ya su onda aun humeante
 Cual si a dormirse fuera, con sosiego
 Entraba en su mansion;

Y el sol, de nube en nube que caía
 Su círculo sin rayos inflamado
 Pendía sobre el mar,
 Después su imagen por mitad hundía
 Cual se ve al horizonte un incendiado
 Navío al zozobrar;

Y en partes ya palidecía el cielo,
 Y en las velas la brisa fallecía,
 Inmóvil y sin voz:
 Y las sombras corrían, y su velo
 A los cielos y al mar los revestía
 Del misterio de un Dios.

Y en mi alma al par, sombreándose por grado,
 Todo el bullicio mundanal calmaba,

Al paso que la luz;
 Y en mí y en la natura, algo sagrado
 A orar, llorar, o a meditar llevaba,
 O a bendecir la cruz!

Y una puerta brillante al Occidente
 Dejaba solo ver, en olas de oro,
 Un mar de luz ondear,
 Y erán las nubes en rojizo coro,
 Cual pabellon que un fuego reluciente
 Vela sin apagar;

Y las sombras, las ondas y los vientos
 Todo ácia el fuego de la etérea arcada
 Parecía correr,
 Cual si al perder la luz los elementos
 Y la natura en sombras espantada
 Temiesen perecer!

El polvo de la tarde; allá corría,
 Los blancos copos de espumantes mares
 Flotaban ácia allá;
 Y mi mirada tarda los seguía
 Lánguida, triste, errante y sin pesares
 En lágrimas quizá.

Y todo se ahuyentaba en sentimiento
 Mi alma quedó sombría, semejante
 A la terrestre faz,
 Y en ella en pos se eleva un pensamiento,
 Cual se encumbra pirámide gigante
 En el desierto, audaz!

;Adonde vais oh luz, astro del día,
 Nubes, ondas, espumas, aquilones,
 Acia donde correis?
 Polvo, noche, mis ojos, tú, alma mía.
 Dó vamos todos pues, a qué rejiones?
 Decid, si lo sabeis!

Acia el inmenso Ser que al ser produjo,

Dó el dia y noche van, del mismo modo,
 Que el alma a rematar!
 De vida universal flujo y reflujo,
 Vasto océano del ser en donde todo
 Se va a precipitar!.

Mayo 21 de 1843.

J. Ch.

A LICE.

¿Quién creyera, ingrata Lice,
 Que fueras tan inconstante;
 Quien pensara que al amante
 Que te juró eterno amor,
 A quien tu correspondiste
 Y le entregaste tu pecho,
 Le niegues hoi el derecho
 Que tiene a tu corazon.
 Crueldad tan grande no cabe
 En beldad tan soberana
 ¿Y cómo creerte, inhumana
 Capaz de tal mutacion?
 Cuando ries de mis quejas
 Y te burlas de mi llanto,
 Y del juramento santo
 Que a mí por siempre te dió,

Pienso ver de un triste sueño
 Alguna amarga ilusion.

¿Yo creyera que esos ojos
 Sus rayos abrasadores
 Solo lanzasen traidores
 Para causar destruccion?
 ¿Crejera yo que tuviesen
 Tanta languidez finjida